

El tiempo hizo ver que Piniano fué relevado de su juramento ; pues después de siete años de permanencia en Africa, pasó á la Palestina con Albina, santa Melania, y san Jerónimo escribiendo desde su monasterio de Belén á san Agustin, lo saluda de parte de ellos lo mismo que á san Alipio ; lo que prueba su recíproca correspondencia, y por consiguiente que Piniano no había salido de Hipona contra la voluntad de san Agustin, y sin que este santo obispo hubiese obtenido de su pueblo que le relevara de su promesa.

Pero antes de seguirle en su viaje á la Palestina, conviene decir algo de las piadosas prácticas de santa Melania mientras permaneció en Africa. Hemos dicho que había erigido un monasterio en Tagasto para ciento treinta vírgenes. Parece por la historia de su vida que se había encerrado en él para vivir como las otras bajo la dependencia de la superiora que allí había puesto. En el mismo aumentó las austeridades que había practicado en Roma. Habría gran dificultad en creerlo, si uno no estuviera poseido del poder y de la virtud del amor santo en un corazón del cual se ha hecho dueño. En Roma sólo comía una vez cada dos días ; en Tagasto avanzó por grados en esta rigurosa abstinencia, comiendo al principio una vez cada tres días, hasta que llegó á no comer más que una vez á la semana. Su celo le hubiese llevado á pasar ocho días sin tomar cosa alguna ; pero como el domingo se encontraba allí, y era este un día de alegría en memoria de la resurrección del Salvador, no se lo quisieron permitir, y ella se sometió al momento ; pues su virtud la hacía tanto más dócil, cuanto que era verdadera ; pues ella sólo quebrantaba su ayuno con un poco de pan, al cual añadía algunas veces aceite y su bebida consistía en hidromel.

Su celda era tan estrecha, que apenas se podía mover ó tenerse derecha en ella. Su cama consistía en un saco ex-

tendido sobre la tierra, y sólo se tomaba dos horas para dormir, empleando casi toda la noche y una gran parte del día para la oración. No interrumpía su oración ni su lectura, aun cuando su madre iba á visitarla ; y Albina bien lejos de ofenderse por ello, quedaba edificada y daba gracias á Dios por haberla hecho madre de una hija tan santa. Lo restante del día lo empleaba en las lecturas de piedad, en las conferencias santas y en el trabajo. Leía tres veces cada año toda la santa Escritura, y aprendía de memoria los pasajes que más la tocaban. Leía también obras buenas de los autores griegos y latinos. Asimismo ocupaba una parte del día en escribir, y copiaba con mucha perfección. Esto no era tanto para su uso, como para vender aquello que escribía y dar el dinero á los pobres, á quienes algunas veces hacía hábitos con sus propias manos. Siempre atenta sobre su interior y sobre sus sentidos, se guardaba muy bien de que le escapase cosa alguna contra la gravedad y contra la más exacta modestia, ó que su espíritu se ocupase en pensamiento alguno que no fuera según Dios ; y si ella resbalaba en alguna de estas faltas, como una palabra inútil ó una risa menos modesta, por ello se castigaba severamente.

El fervor de que su alma estaba animada aparecía en sus conversaciones con las vírgenes del monasterio y con otras que atrajo á él con sus exhortaciones. El placer que experimentaba al oír hablar de Dios, también le hacía escuchar con una santa avidez á las personas que podían hablarla de él, y principalmente á san Alipio.

Por más que fuese muy austera para sí misma y que nada se perdonara, tenía no obstante un espíritu muy dulce ; y como nada había más puro que su vida, tampoco había nada más modesto y más humilde. Pero su celo y su amor para Jesucristo le inspiraban tal horror á los herejes, que ella no quería ni oír hablar de ellos, á no ser que fuera para

trabajar en su conversión, como bien pronto lo veremos con motivo de Pelagio.

También convirtió á muchos jóvenes, y aun atrajo muchos paganos no sólo al cristianismo, sino también á una vida perfecta. Lo mismo se dice de los Samaritanos, quienes tal vez eran aquellos que llamaban celícolas los cuales, bien que paganos, sin embargo observaban algunas costumbres de los Judíos, y habían llegado hasta el Africa.

Así es como vivió santa Melania en Tagasto, desde donde, después de siete años, pasó con su madre y su marido á la Tierra santa, en 417. Primero llegaron á Alejandría, donde vieron á san Cirilo que era obispo de esta ciudad, y después pasaron á Palestina, donde Melania cayó enferma casi al momento de haber llegado.

Su primer cuidado después de su curación fué visitar el santo Sepulcro, y enseguida los otros Lugares santos, tanto de Jerusalén como de los alrededores. Al partir de Tagasto no se había llevado otras riquezas que su piedad; y habiendo recibido en Palestina el dinero de la venta de algunos bienes que aun le quedaban en Roma, tanto de ella como de Piniano, gustosos se hicieron ellos mismos pobres por el amor de Jesucristo. Continuaron viviendo como habían vivido en Africa. Melania trabajaba con sus manos y pasaba las noches enteras en oración en la iglesia del Santo Sepulcro.

El hereje Pelagio estaba entonces en la Palestina. Se alegraron mucho de conferenciar con él para llevarle á condenar por escrito los errores de que le acusaban. Pelagio era un gran hipócrita y un tramposo. Como no le conocían bastante para desconfiar de sus artificios, creyeron de momento haber sacado de su boca la condenación de sus impiedades; por lo cual se regocijaron. Pero obrando con más prudencia, lo escribieron á san Agustín, quien se alegró mucho al tener buenas noticias de su salud y de las pia-

dosas satisfacciones de su alma. Él les respondió con dos libros de la *Gracia de Jesucristo y del Pecado original* que les dedicó, y también á Albina. El gran Agustín escribió estos libros en 418.

A la sazón Piniano y Melania fueron á Egipto para visitar allí á los solitarios y á los de la montaña de Nitria, de donde volvieron bien pronto; pues en 419 san Jerónimo, escribiendo á san Agustín, le saludó de su parte y de la de Albina que se había quedado en Jerusalén, no habiéndole permitido su avanzada edad hacer el viaje de Egipto. Santa Melania le había rogado que le preparase una celda sobre la montaña de las Olivas, en la cual á su regreso se encerró el día mismo de la Epifanía; allí no vió más que á su madre á su marido y á una prima que tenía, quienes podían visitarla una vez cada cinco días. Su historia no nos cita el nombre de esta prima, por más que hable de ella en algunos lugares. Solamente sabemos que había amado mucho al mundo, y que santa Melania con sus exhortaciones animadas del espíritu de Dios, la había hecho subir del fausto romano, de que estaba llena, hasta el colmo de la humildad.

Melania pasó catorce años en esta celda, de la cual sólo salió para tributar los últimos homenajes á la piadosa Albina su madre, que murió en 432 ó 433. Enseguida pasó á otra celda, de la cual un año después fué obligada á salir para satisfacer el deseo que muchas vírgenes tenían de aprovecharse de su conducta. Les hizo, pues, construir un monasterio, haciéndoles nombrar una abadesa; pues para ella su humildad no le permitía morar en él más que en calidad de sierva.

Piniano murió poco tiempo después, es decir, á fines de 345; y pensando que ella bien pronto los seguiría, se aplicó más que nunca al ayuno y á la oración, y también hizo erigir un monasterio de hombres para multiplicar en cuan-

to pudiera, las santas casas en las cuales Dios fuese servido con más perfección. Dios la ayudó en esta empresa de piedad : pues no teniendo ya más dinero para costearla, una persona rica suplió lo que ella no podía.

Mientras que redoblando su fervor no se ocupaba más que en prepararse para ir á unirse en el cielo con su madre Albina y Piniano su marido, una obra esencial de caridad la llamó á Constantinopla. Esta fué la conversión de Volusiano su tío, hermano de su madre, quien, apesar de las poderosas razones que san Agustín le había escrito en 412, de las exhortaciones del tribuno Marcelino, y de las súplicas de su hermana Albina y de las de sus hijos, siempre había permanecido en las locuras del paganismo.

Esto no había servido de obstáculo para que los emperadores cristianos lo elevaran á las mayores dignidades ; y habiendo sido enviado por Placidio á Constantinopla, fuera para el matrimonio de, su hijo Valentiniano, fuera por algún otro motivo, escribió una carta á santa Melania para manifestarle el vivísimo deseo que tenía de verla. La esperanza de ganarlo para Jesucristo la determinó más que ninguna otra consideración ; partió pues de Jerusalén en la confianza de que Dios bendiciría su viaje, lo que le fué confirmado por una gracia que recibió en Calcedonia dentro de la iglesia de santa Eufemia ; pues á medida que hacía allí su oración, fué saliendo de la tumba de la Santa un olor celestial, que la fortificó de tal modo, que ya no temió introducirse en la confusa y tumultuosa Constantinopla. Allí se hospedó en casa de Lausio, gran camarero, tan distinguido por su virtud, como por su dignidad, y cuanto antes se fué á casa de Volusiano, á quien halló enfermo.

Su exterior tan humilde y pobre le sorprendió ; del cual se sirvió para hacerle comprender que los cristianos aspiraban á mayores bienes que los de este mundo ; y por fin las

exhortaciones poco á poco produjeron los efectos que ella deseaba. Volusiano habiendo caído en un accidente que le amenazaba con la muerte, él mismo pidió el santo bautismo que lo recibió de manos de san Proclo, á la sazón obispo de Constantinopla. Él hubiera deseado que Melania hubiese sido su madrina en esta santa ceremonia ; pero ella no había podido asistir por un gran dolor que le había sobrevenido en el muslo, el cual no le permitía salir hasta después de seis ó siete días ; sin embargo así que hubo sabido su accidente, se había hecho poner en una litera, apesar de sus dolores, para ir á socorrerle ; pero habiendo sabido en el camino que había recibido el bautismo, la alegría que por ello tuvo disipó su dolor, é hizo lo restante del camino á pié y sin dificultad alguna ; enseguida hizo que su tío recibiera el cuerpo y sangre del Salvador, y así lo envió á Dios lleno de alegría y de esperanza.

La conversión de Volusiano no fué el solo fruto de salud que su presencia produjo en Constantinopla ; ella fué útil á muchas personas, y en particular al emperador Teodosio II y á la emperatriz Eudoxia, á quienes exhortó mucho á que fueran á visitar los santos lugares de Jerusalén. También hizo volver á la fé á muchos personajes comprometidos en el error de Nestorio. Pero el deseo de volver á su amada soledad no le permitió aguardar el buen tiempo para partir de Constantinopla.

Se puso en camino en invierno, por más que el frío fuese entonces extraordinario, y se apresuró á volver á Jerusalén para celebrar la fiesta de la Pasión. A su regreso hizo levantar una capilla, á la cual añadió un segundo monasterio de hombres, que fué unido con el primero de que hemos hablado, bajo un mismo superior.

La emperatriz Eudoxia fué á Jerusalén mientras trabajaban en este monasterio ; probablemente era esto en 438, y ella experimentó en su persona el poder de Dios personi-

ficado en la Santa ; pues habiéndose dislocado el pié, Melania se lo compuso sin dolor alguno.

En fin, cuatro años después de la muerte de su marido, sabiendo que su fin estaba próximo, aun quiso visitar otra vez los santos lugares de Jerusalén y de los alrededores. Pasó el día de Navidad en Belén, declarando que era la última vez de su vida. Al día siguiente, habiendo vuelto á Jerusalén, como ella rogara con mucho fervor en la iglesia de san Estéfano, la fiebre la cogió, y enseguida recibió los sacramentos de Jesucristo.

Los eclesiásticos, los religiosos, los solitarios, y los pueblos de los alrededores acudieron en masa, así que la noticia de su enfermedad se divulgó. El obispo de Eleuterópolis también acudió con todo su clero. Cada uno manifestaba un extremo disgusto de perderla ; y ella los consolaba á todos, y en particular á su prima. Por fin murió el domingo 31 de diciembre del año 439, á la edad de 57 años. La Iglesia griega marca su fiesta el mismo día, lo mismo que la Iglesia latina en su *Martirologio*¹.

SAN ZOZIMO Y SANTA MARIA LA EGIPCIACA.²

Se ha creído que estos Santos vivían en el siglo sexto, y que su vida había sido escrita por Sofronio de Jerusalén. Pero los continuadores de Bolando han probado que vi-

¹ Hemos seguido la cronología de Tillemont en esta historia, así como las memorias que él dió sobre la vida de santa Melania relatada por Surio, cuya exactitud se puede ver en este autor y en el cardenal Baronio.

² Los Bolandistas.

vieron más de ciento cincuenta años antes, y que el autor que nos ha transmitido sus actas era casi su contemporáneo, mientras que san Sofronio vivió doscientos años después de ellos. Seguiremos, pues, esta sentencia, como fundada sobre pruebas demasiado sólidas para posponerle á otro.

San Zozimo vivía, pues, en tiempos de Teodosio el Joven. Desde la infancia fué educado en un monasterio de Palestina, donde teniendo continuamente objetos de edificación delante de los ojos y oyendo hablar sin cesar de Dios, sólo se nutrió de piedad. Sus progresos respondieron perfectamente á una santa educación. No se contentó con ser muy exacto en todos los deberes regulares y practicar todas las austeridades de la regla ; á éstos añadió otros que no estaban prescritos, y se distinguió tan bien entre sus hermanos, que la fama de su santidad voló á lo lejos. Esto atrajo muchos solitarios á él, no solo de los monasterios vecinos, sino también de los más remotos, apresurándose todos á ir á ponerse bajo su dirección para aprender de él á marchar fielmente por los senderos de Dios.

Para esto tenía un talento maravilloso que había adquirido con la pureza de su vida, con su asiduidad en la oración y con la meditación continua de los oráculos del Espíritu Santo. Toda su ocupación consistía, ó en cantar salmos ó en repasar en su alma aquello que había leído en la santa Escritura. En ello pensaba en su trabajo, en la mesa, en la cama, en todo tiempo. De esto nunca quedaba saturado ; y nutría su alma de este celestial alimento con un gusto siempre nuevo. El hábito que en este ejercicio había contraído le duró hasta la muerte ; y aunque en su vejez parecía que nada le quedaba que aprender en la vida espiritual, tanto para su propia edificación como para la instrucción de los otros, no dejaba de continuar de instruirse en los Libros santos, como si no hubiese hecho más que empezar. Dios ya recompensó desde esta vida aquel amor